



RECUERDOS DE UBEDA Miguel Toral Montesinos. Úbeda (1925), Bilbao (1988).

Uno de los primeros recuerdos de mi padre es verle llegar eufórico con un tocadiscos, de aquellos de maleta, recién comprado. Los ojos de un niño de siete años solo veían un aparato de música, pero para mi padre suponía llevar a casa parte de su cultura, su música, su flamenco. Llegó la Nochevieja de 1963 y en el piso de 45 metros cuadrados del barrio bilbaíno de Otxarkoaga una parte de Andalucía, de Úbeda, se hizo presente a través de la música del tocadiscos recién comprado, de las palmas y bailes de los chumberos, los zambombos... Luego siguió siendo igual en el futuro.



Vistas del barrio bilbaíno de Otxarkoaga en los años sesenta.

Yo no había visitado Úbeda, pero toda Úbeda estaba en mi casa en esa fiesta. El orgullo de los ubetenses no lo entendía aún en ese momento, pero lo disfrutaba. Una vez hecha la conexión, según pasaba la infancia, iba disfrutando con las tradiciones ubetenses y su alegría a través de bodas, bautizos y comuniones; sus comidas: gazpacho, migas, ropavieja, andrajos, los caracoles en pimienta, las aceitunas machadas y los inevitables borrachuelos que nos traía mi tía Guadalupe; sus villancicos: “Madre en la puerta hay un niño”, algunos irreproducibles, como el “Aguinaldo el pijote”; sus canciones: versiones picantes de “la Tarara”, “Hay quien dice de Jaén”; las historias de su infancia y juventud



ubetense: sus primeros trabajos en el melonar, con las cabras, la urraca amaestrada de su abuela Ana, que le había enseñado a decir ¡Diego levántate! y cada vez que llegaba de resaca se lo ponía junto a la mesilla, el burro que compró un vecino a un lechero y que se paraba en todas las puertas de antiguos clientes, y sus historias de caciques, terratenientes y represión: “con la sangre de los obreros voy a regar los geranios...”, dicen que dijo una latifundista, el asalto a la cárcel, el testigo tuerto, la ayuda a los maquis de la Sierra Mágina, las sacas, los exilios forzados, el hambre.. y la inevitable y triste emigración, el momento de hacer las maletas tan bien retratadas por el pintor Cristóbal Toral.

Sus despedidas de la tierra que amaban y a la que volvían, los que podían, todos los años en vacaciones. Viajes interminables en tren desde Bilbao, donde, así contaba mi tío Antonio, acababa todo el convoy en el vagón de ellos, atraído por el jolgorio y cantes, y por la alegría de volver temporalmente a su tierra. En mi caso, ni posibilidad de volver al pueblo del que había salido toda la familia, abuelos incluidos. Toda una generación que abandonaba su tierra a su pesar. Salieron de Úbeda, unos detrás de otros cuando cerraron el pequeño taller de fabricación de capachos de esparto, cerca del “rollo Santamaría¹”. Un día hablando con Antonio Muñoz Molina me confesó que él también descubrió tarde que se referían a la calle del Arroyo... Llegando a una tierra que, como dice mi tía y mi prima, que ya llegó con doce años, era pasar de la luz de Andalucía al cielo gris y el sirimiri del País Vasco.

“Cucha”, decía mi abuela para todo, porque si mi padre que vino joven apenas tenía acento andaluz, mis abuelos, tíos y demás parentela nunca lo perdieron. Y, sin embargo, descubrimos más tarde que algunas palabras, como “tasaquienteparió”, eran contracciones del habla andaluza, tan dada al ahorro silábico.

¹ El autor se refiere a la Arroyo de Santa María, actualmente llamada Prior Monteagudo en honor a Alejandro María Monteagudo y Garro (1832-1891).



Capachos secándose en la calle Arroyo de Santa María mediados del siglo XX.

Él seguía sintiéndose andaluz, de Úbeda, y quería que sus hijos conociesen sus orígenes. Por eso, en cuanto tuvo ocasión, nos llevó a visitar su pueblo. Ocurrió en una Semana Santa que, de nuevo a los ojos de unos chavales, ahora de catorce años, era entrar en un mundo contradictorio, desconocido, deslumbrante. Atravesar el desfiladero de Despeñaperros entre la Mancha y Andalucía, y quedar enamorado de los campos infinitos de olivares de los que solo tenía imágenes recreadas por la emoción de la canción homenaje del poeta Miguel Hernández a los aceituneros altivos de Jaén. Como su primo, Miguel Toral Almagro, todos los primogénitos del clan Toral se llamaban Miguel. Ellos, que no eran muy afectos a la religión, honraban así a su patrón.



Tuvimos la ocasión de visitar Úbeda en plena Semana Santa: procesiones y procesiones que acababan todas en un desfile interminable y que llamaban “la generáh²”. Gracias a ese primo conocimos Úbeda, su historia, tradiciones, la puerta mozárabe del Losal, donde escuché una impresionante saeta al llegar el paso del barrio de Los Alfareros³. Subían en andas de un tirón una empedrada cuesta. Me enseñaban con orgullo su patrimonio renacentista, sus restos árabes. Me hablaron de la academia de la Guardia Civil, en la que un pariente era el fotógrafo oficial. Fuimos a visitar al del bar del “Torreznero”, con el que todos los años intercambiaba lotería de Navidad. Pasamos por la calle del obispo Toral, por la fachada de Los Salvajes, fuimos a comer morcilla en caldera, degustamos en muchos bares los caracolillos en pimienta...



Puerta de Sabiote, conocida popularmente como Arco del Losal, a mediados de los sesenta.

² Se refiere a la pronunciación ubetense de la Procesión General, conocida en la ciudad como la General. El habla ubetense se caracteriza por el uso de las vocales abiertas para finales y plurales de palabra.

³ Barrio de San Millán, conocido por albergar alfareros, canteros y albañiles, y por albergar a la cofradía de la Soledad, patrona de estas profesiones.



En la alberca de Paco comí de pincho (tapa) alcauciles, o sea, alcachofas crudas. Vimos junto al Ayuntamiento un bar donde, según su primo, los latifundistas pasaban la mañana al sol con sus sombreros y bastones. Visitamos a una prima suya que vivía en la plaza del Toril, junto a la plaza de toros: mi padre era gran aficionado y presumía del diestro más famoso, Carnicerito de Úbeda. Un viaje inolvidable, donde entendimos el amor por su tierra.

Años después me toca salir a mí de la ya mía por puro compromiso político antifranquista, por idealismo juvenil y herencia familiar. De nuevo descubrí en mi nuevo destino, Barcelona, la solidaridad de los ubetenses. Con una llamada a su primo Miguel, otro, resolví la situación de desamparo producida por una “cita” fallida. Llegó en coche desde Badalona, no preguntó nada y me llevaron a dormir a su casa. Una rama de la familia Toral que había emigrado a Cataluña, pero no olvidaba sus raíces y la solidaridad familiar. Durante los tres años que viví en Barcelona sentía todos los días la necesidad de volver, pero mi deseo no tenía comparación con la angustia y desarraigo de los emigrantes por necesidad. Mi padre llegó a los veinticinco años al País Vasco y cincuenta años después se seguía sintiendo andaluz, y sobre todo de Úbeda. Las dificultades de integración de los emigrantes llegados a regiones como Euskadi y Cataluña eran doblemente difíciles. Lo dieron todo por sus hijos. Nosotros hemos nacido aquí, somos vascos, y también vascoandaluces; podríamos ser catalanes o madrileños, porque el azar y las circunstancias decidieron. Estamos bien integrados en la tierra de acogida de nuestros padres. Lo mismo que si tenemos paciencia les sucederá a los nuevos emigrantes.

Mikel Toral López